

El Centenario de Auguste Comte

Por Jean SIROL, Agregado Cultural de la Embajada francesa en México. Colaboración especial para el número de la Revista Mexicana de Sociología, consagrado a honrar la memoria de Auguste Comte.

Le preguntaba un día a mi maestro, el llorado François Simiand, quienes eran para él, las dos obras más importantes publicadas en Francia durante el siglo XIX. El me respondió sin dudarle siquiera: *Les Origines de la France Contemporaine* y el *Cours de Philosophie Positive*.

No será cosa de tratar aquí de Renan, puesto que es en ocasión del centenario de la muerte de Auguste Comte cuando se han escrito estas pocas líneas. El ilustre autor del *Cours de Philosophie Positive* se extinguió dulcemente en París, muy cerca de los sesenta años, el 4 de septiembre de 1857. De su obra inmensa nos parece que se desprenden tres aportaciones fundamentales.

1. La humanidad no puede desarrollarse y progresar si no existe un sistema coordinado y lógico de pensar, resultado de una síntesis no *a priori* sino obtenida de un estudio imparcial de la evolución de la humanidad enfocada bajo todos sus aspectos.

Comte se revela aquí como uno de los mayores pensadores de todos los tiempos. Sobrepasa con mucho a Rousseau e incluso a Condorcet. Es el heredero de los mayores filósofos greco-latinos. Encarna el pensamiento occidental en su fuerza lógica, desprovista de todo el aparato de palabras y del farrago del que los filósofos modernos han abusado con demasiada frecuencia. Su pensamiento poderoso se expresa siempre en un estilo sobrio y preciso; el cuadro que traza es impresionante, la construcción es

grandiosa. “Toda la historia —comenta Gilson— evoluciona de acuerdo con un orden en el que basta leer para conocer la ley. Los principios no son sino los hechos más generales que se vacían por sí mismos en el molde de fórmulas inolvidables: el amor por principio, el orden por base, el progreso por fin. El progreso es el desarrollo del orden, etc., etc.”

Es de creer que el famoso discurso de Turgot en la Sorbonne y el “Esquisse d’un tableau historique des propos de l’Esprit humain” de Condorcet hayan influido fuertemente en Comte. Pero, tal y como la presenta, la idea es nueva. La aplicará él mismo a su propio modo de pensar al través de todo el “Curso”

Un elemento espiritual se une a esta construcción positiva: la esperanza. Comte, sin ser un cientista, creía en un mejoramiento del género humano. Para él, el progreso es cierto. Resulta del estudio positivo de la historia. Es la conclusión lógica de ésta. Va de la mano con el desarrollo del poder espiritual, idea querida de Saint-Simon. La reorganización espiritual pasa antes que la reforma temporal. Es visible cuán grande es el error de quienes piensan que el positivismo de Comte es materialista:

El mismo Gilson escribe con razón “Comte no tiene nada que objetar a la teología de la Edad Media a no ser que en lo sucesivo, incapaz de reunir los espíritus, ha perdido su eficacia social; pero, dirigía el mismo reproche en contra del socialismo y el comunismo. Sus aspiraciones son legítimas, sólo que los socialistas no son sino los comunistas inconsecuentes, y los comunistas pretenden resolver por medios políticos un problema cuya solución no puede ser en su principio sino moral y filosófico”

Los proletarios se contentan aún con “vanas teorías” que les sirven de órgano provisional, pero el advenimiento de la filosofía positiva debe de abrirles los ojos . . . Porque Comte está convencido de que el positivismo se asegurará éxitos rápidos en las masas obreras. “Admirable optimismo”, escribe Gilson, “¿Quién, en la actualidad, se atrevería a lanzar una reforma política fundada en el descubrimiento de verdades filosóficas?” ¡Qué confianza en la verdad atreverse a creer que basta con mostrársela a los hombres para que ellos la abracen amorosamente! y que, al proporcionar la prueba de que un sistema político no es sino la aplicación de una filosofía positiva reunirá todos los sufragios.

2. Puede verse que Comte no es sólo un teórico, un profesor en el mal sentido de la palabra. A su arte, le agrega una política. Mucho antes de la Sociedad de las Naciones, había pensado en la constitución de Europa,

preludio de una unión universal de todos los pueblos. Con un lujo de detalle que recuerda a Fourier, describe el nuevo organismo con su parlamento internacional, su moneda igualmente internacional — las piezas serán de tal peso, tendrán tal efigie, se harán de tales metales, etc., etc. La nueva República Universal tendrá su bandera, su divisa: Arte y progreso, vivir para los demás.

3. Pero para llegar a este estadio, es necesario forjar espíritus. Es por esto por lo que Comte se ha inclinado con un interés muy particular hacia el problema de la educación que él consideraba como fundamental. Ella está viciada en su base, porque es esporádica, parcial, compartimentalizada en tanto que debe ser general, sintética, resultado de una cultura universal. Nadie mejor que Comte ha hecho una crítica de la educación moderna a base de especialidades. Recientemente, una gran revista estadounidense publicó en buen sitio la carta de un padre de familia que declaraba: “¿Para qué hacer perder su tiempo a nuestros hijos enseñándoles cosas completamente inútiles como la historia antigua, el griego y el latín, y técnicas de hace tres siglos, en tanto que tenemos urgente necesidad de ingenieros y de especialistas en electrónica, en física atómica, etc., etc.?” Comte había respondido anticipadamente a estas afirmaciones pueriles, al mostrar que sin un programa de conjunto, una síntesis, no había estudios especiales posibles. La educación no busca enseñar ciertas cosas, sino formar la inteligencia. No se trata de adquirir conocimientos, sino de aprender a razonar. Además, la primera condición de los estudios especiales es una formación general. Finalmente, se necesita aún subordinar los conocimientos adquiridos a las perspectivas humanas. “La educación no es una conclusión, es un comienzo que tiene como finalidad realizar la unidad de todos los hombres y hacer de cada uno un servidor de la humanidad” Debe ser libre. El Estado no debe de intervenir.

La educación sanamente entendida es la condición de una civilización auténtica. Ella sola pone fin a la anarquía. Ciertamente, del “Curso” se podrían extraer muchas otras lecciones. Pero, las que acabamos de bosquejar no nos han parecido las menos importantes.

Algunos piensan que el Curso de Filosofía Positiva no tiene en la actualidad sino pocos lectores. Es que, por contradictoria que sea la expresión, hay “modas filosóficas” Otros se quejan de que el aniversario del 4 de septiembre de 1857 haya pasado casi inadvertido, tanto en Francia como en el extranjero. Puede ser; no importa. Una obra como la de

Auguste Comte puede ser olvidada momentáneamente, pero queda. Los intelectuales dignos de este nombre tendrán siempre en su biblioteca el *Cours de Philosophie Positive* al lado de *La República* y de *Las Leyes*, de la *Política*, de los *Essais*, de *Zaratustra* y de la *Crítica de la Razón Pura*. Lo consultarán y encontrarán ahí una enseñanza y razones para esperar.